

APRENDER A VIVIR

He quedado fascinado con la magnífica película “Mar Adentro” de Amenábar, todo me ha gustado de ella menos el triunfo de la muerte sobre la vida.

Aún impecablemente justificado ¡qué lástima!

A mi juicio la vida es un misterio, no logro entender su sentido si no es para vivirla. Las plantas no hacen otra cosa más que existir, nacer, crecer, reproducirse y morir. Generalmente adornan y limpian el aire, a veces también molestan. Cuando un animal en la selva cae herido por accidente o por un depredador, de forma natural se le ocurre cualquier cosa menos destriparse a mordiscos hasta morir.

Existimos por esto, porque la naturaleza está bien hecha y nos ha hecho bien a los seres vivos. Si no, ya nos habríamos extinguido hace miles de años.

El hombre es el ser más evolucionado, por ello el que mayor capacidad de adaptación tiene. Cuando un hombre cae herido por enfermedad o accidente su mente trabaja para sanar el mal y si no es posible, para adaptar al individuo a la nueva situación de vida de forma natural, al margen del tratamiento médico y de prácticas religiosas.

Pienso que siempre hay un motivo para vivir, aunque no nos quede sano ni un solo hueso ni un solo sentido. Mientras nos quede un soplo de vida natural consciente, el sentido común nos dice que hemos de luchar por adaptarnos, que la vida no la ha dado nadie y lo lógico es que nadie la quite y por ello disponemos de las herramientas necesarias desde el nacimiento.

¿Por qué al ver películas como esta apoyamos el que un ser humano se quite la vida voluntariamente, pero a la vez salimos llorando del cine? ¿Es que deseamos también que se les permita a los suicidas arrojar al vacío? La angustia y desesperación que lleva a un ser humano a arrojar al vacío es fruto de una patología de la mente y es tan dolorosa o más que la de un enfermo privado de movilidad. Debemos aceptar que existe y debemos ayudar a curarla, pero nunca permitir que se produzca el fenómeno contra natura.

Somos responsables de la evolución del ser humano y la evolución siempre apunta en la perpetuación de la vida, la mejora continua de las especies y su adaptación al medio. Este es el motivo de este escrito y de su publicación.

Lo más ilustrativo que se me ocurre para demostrar que no debemos ayudar a nadie a quitarse la vida, es comparar el día a día con una partida de ajedrez contra la muerte. Cada día, cada semana, cada año... una partida distinta. Nosotros con las blancas, la muerte con negras. Cada hora, minuto o segundo que pasa es una partida ganada. Los que podemos andar somos los peones y demás piezas, los postrados son el rey de blancas, son los reyes de nuestra sociedad. El rey es el que más lento se mueve, pero es el más importante. Los discapacitados son los más lentos en la sociedad y también los más

importantes. A ellos les debemos el sentirnos bien tan solo con poder caminar dos pasos o mirar a nuestro hijo crecer, por eso son los más importantes, porque nos ayudan a valorar la vida. Si en el ajedrez cae el rey, se acabó la partida ¿Qué sociedad puede permitir que los más importantes desaparezcan con la ley en la mano? ¿Cómo podemos legalizar la autodestrucción de los reyes de la sociedad? Los que andamos tenemos la obligación de hacerlo todo antes de dejar morir al rey. Y no solo no dejarlo morir, sino de ayudarlo a tener una vida más feliz cada día.

¿Por qué la mente humana “falla” de vez en cuando y se enfrenta con la naturaleza? ¿Por qué el enfermo se quiere destruir en vez de adaptarse? ¿por qué los sanos lo consentimos y a continuación lloramos?

A mi juicio es la sociedad la que nos deforma. La sociedad es un invento del hombre; por culpa de ella perdemos la conciencia del presente para analizar la situación actual exclusivamente desde las vivencias pasadas y los proyectos del futuro. Así el sentimiento de angustia en el enfermo terminal se origina porque compara permanentemente su vida actual con la pasada, cuando podía correr y trabajar, a la vez que ve frustradas sus expectativas futuras; todo menos conectar con el presente y sus posibilidades. Por eso quiere autodestruirse y los demás lo comprendemos.

Pero esto no es lógico, no debe ser así. Si los animales y las plantas no lo hacen ¿por qué lo vamos a hacer los humanos? La naturaleza nos ha dotado de una mente prodigiosa con unos sofisticados sistemas de control. Cuando sobreviene un accidente, después de agotar todos los recursos médicos (que son fruto de la evolución) y lejos de sectas e instituciones religiosas (que lo son de la involución), debemos dejarnos llevar por nuestro instinto primario y facilitar a nuestro ser que nos haga vivir intensamente la presencia, el momento, facilitarle el proceso de adaptación a la nueva situación de vida, distinta a lo conocido, pero de vida también. Habrá que olvidar casi todo el pasado y reorganizar proyectos de futuro basándolos en las posibilidades actuales. Al fin y al cabo seguir luchando para ser cada día un poco más feliz que el anterior, igual que antes de enfermar.

¡Que no hay que tirar el ordenador por la ventana cuando se peta! hacemos un reset y volvemos a empezar; pues con la vida igual.

Que no me pase nada, pensarán algunos lectores de este artículo. Dios quiera que no, pero si me pasara, humildemente creo que preferiría un lavado de cerebro para olvidar mi pasado antes que una disolución de cianuro potásico que terminara con mi presente.

Yo le habría cambiado el final a la película de Alejandro. Cuando se va con la chica que lo quiere, ésta le ayuda a olvidar el pasado y a planificar el futuro con los medios que le quedan. Le ayuda a escribir un nuevo libro de poesía en el que descubre la vida desde otra óptica, que cuando podía andar no había sido capaz de descubrir. Le ayuda a estudiar música, componen un concierto entre los dos que se estrena con éxito. Adoptan un niño y lo ven crecer, y gozan

mirándole la cara el día de su cumpleaños antes de destapar nervioso su primer regalo. Y viven felices hasta que la naturaleza les quite lo que un día les dio.

Probablemente este final también me habría hecho salir del cine llorando, pero con esperanza.

Jaime Colom.- Nov 2004